



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:

como hija, esposa y madre,

conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarle, Madre, hoy nuestra familia

para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor

el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre

y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

III. Educar “en María”

1. Ambiente generativo
2. Educadora y educada
3. Las raíces y la memoria
4. María, Educadora en la Iglesia
5. Preguntas

Hay en la residencia de los Discípulos del *Stella Maris College* una pintura del P. Ioan Gotia que puede servirnos como inspiración inicial para este tema. Es una representación del Sembrador, Cristo, que está lanzado la simiente, con una clara alusión a la parábola evangélica (Mc 4,1-20). En un extremo están las zarzas, en el otro lado está lo plantado en

terreno seco y pedregoso. Y en medio, en el lugar que ocupa precisamente lo caído en tierra buena, está la Virgen María. O, más bien, *María es precisamente el terreno propicio que hace germinar la semilla; María es la tierra buena.*

El P. Ioan Gotia nos ha ayudado a entender en esta representación que María es la “tierra prometida”, el surco fértil en el que la semilla puede dar buen fruto. Ella ocupa el lugar de ese suelo benéfico en que la simiente es fecunda. Pero hay más, porque la Virgen tiene bajo su manto, en señal de protección, dos niños que son como dos espigas, como dos frutos generosos de la semilla sembrada. El significado global de esta representación resulta ser el siguiente: la semilla de Jesús dará fruto en los hijos si es sembrada “en María”, si María es el ambiente en el que se ha sepultado ese grano de trigo.

María es el ambiente donde se puede educar, donde es posible sembrar buena semilla. Vamos a tratar de ilustrar este asunto.

1. Ambiente generativo

¿Cuándo es educativo un ambiente? Cuando es generativo, es decir, cuando ayuda a que el niño pueda sacar de sí lo mejor de sí, a que salte la chispa de su genialidad. Un ambiente no es mejor porque proteja más. A veces, al contrario, un exceso de atención sobre el hijo le daña. Lo observamos en el fenómeno de las “madres helicóptero” que prolifera en muchas familias hoy día. Son madres incapaces de dejar volar al hijo, inhábiles para entender que el hijo necesita anchura y espacio para crecer. Obviamente, un ambiente propicio para educar tampoco es la “intemperie”, el espacio desnudo y sin vínculos. Hace falta un “nosotros” para educar bien.

Ese “nosotros” es el primer ambiente educativo. Ahora bien, hay que distinguir en esta comunidad familiar al padre y a la madre. La madre es experta en “generar”; el padre, por su parte, es especialista en “enviar”. La mujer “se salvará por su maternidad” (1 Tim 2,15). Esta frase del Apóstol enuncia una gran verdad: la mujer salva realmente su ser femenino a través de la generación y en el orden de la generación. Por eso ella es particularmente especialista en crear “ambientes generativos”.

A la madre corresponde así de un modo particular *generar el ambiente de casa*. En ese “nosotros” que educa hay, por consiguiente, diferencias. El padre está al final y envía; la madre está en el origen y abraza. Ella genera el ambiente donde se hace posible la vida, por eso es también “madre de todos los vivientes” (Gén 3,20).

2. Educadora y educada

¿Y María? ¿Cómo lo hizo en Nazaret? Sería muy instructivo introducirnos en la casa de la familia santa y ver a María cuidando el ambiente familiar, el clima en que su Hijo iba a aprender a hablar, a leer, a escribir; en el que comenzaría a instruirse, a comprender las Escrituras de Israel, a hablar con su Padre.

Siempre que nos introducimos en la familia de Nazaret nos surge natural la pregunta: ¿quién educaba en Nazaret? María y José, sin duda, enseñaban a Jesús; pero también ellos naturalmente, y en primer lugar, aprendían del Niño, del Hijo de Dios. Esto nos puede resultar sorprendente y extraño al intentar aplicarlo a nuestros hogares. Pero parece que también en esto la familia de Nazaret es modelo. No se trata, evidentemente, de proponer que el niño gobierne la casa. No. Los padres son los educadores. Pero es también claro que ellos aprenden enseñando y que son también educadores educandos. Es necesario reconocer que el Maestro interior es el Espíritu Santo, que Él es quien obra siempre de agente principal en la educación; y los padres son colaboradores y también aprendices.

El texto del Niño perdido y hallado en el templo (Lc 2,41-51) o, más bien, del Niño educando a los doctores en el templo, nos dice, al final, que María “guardaba todo en su corazón” (Lc 2,51). Es la actitud de la aprendiz, que tiene que madurar una enseñanza. ¿Qué aprende sobre todo María en este episodio? Podemos verlo en la respuesta del Niño: “¿no sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (2,49). A san José, como padre adoptivo, le pudo resultar purificadora esa insistencia de su Hijo en que Dios era “su *padre*”. A María, como madre, pudo quizás afectarle más escuchar a Jesús decir que “su *casa*” era el templo y no el hogar familiar, ese ambiente que María cuidaba con tanto cariño.

Toda madre es educada para llegar al punto de entender que la “casa” última del hijo no es el hogar doméstico. La “casa del Padre” es su destino definitivo. La “madre helicóptero” precisamente por ello hace tanto daño en el corazón del niño, porque le impide (o dificulta) el deseo de su morada última.

3. Las raíces y la memoria

Volvamos a la imagen de María como “tierra prometida” o “suelo feraz” para la simiente. Romano Guardini habla en uno de sus libros sobre la Madre del Señor de María como las “raíces” de Jesús. El árbol arraiga en el suelo, en la tierra, gracias a unas raíces, de las que vive y de las que toma alimento y vigor. Evidentemente, Jesús tenía sus raíces en el Padre. Pero también podemos decir: tenía raíces en el suelo humano por María o *en María*. Nuestras raíces, como hijos, están también *en María*.

Esto significa que la fe nos llega y se hace fuerte en el ambiente generado por la madre. San Pablo le recuerda a Timoteo “*la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice y sé que también ha arraigado en ti*” (2 Tim 1,5). No es casualidad: el ambiente de fe, dentro de esa comunión del “nosotros” familiar, lo genera la madre. Al padre corresponde, sin duda, la confesión de fe. Pero la madre es maestra de ambientes: los relatos iniciales que le cuenta al niño, los ejemplos de los santos, las oraciones de la noche y la mañana, la intimidad inicial con Jesús.

La mujer, María, es siempre la “memoria” de la familia. Nos ayuda aquí la imagen de María como “Arca de la alianza”. En el “Arca” estaba la memoria viva del pueblo de Dios: las tablas de la ley, la vara florecida de Aarón, un poco de maná; tales eran las cosas contenidas en el Arca como recuerdo permanente para el pueblo de la acción de su Dios. Así es también María: memoria viviente, tierra fecunda que recuerda siempre de donde viene el árbol. Así es también y debe ser toda madre en el hogar.

4. María, educadora en la Iglesia

Un texto de los Hechos de los Apóstoles nos ayuda a completar este esbozo de María como suelo fértil o ambiente donde se puede educar. Me refiero a Hch 1,13-14: “subieron a la estancia superior, donde vivían Pedro y Juan; Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago el de Alfeo, Simón el Zelota y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres y *María la madre de Jesús y de sus hermanos*”.

Los apóstoles al volver del Monte de los Olivos donde han visto la *Ascensión de Jesús*, imitan el movimiento de su Maestro y *suben* también ellos a la “estancia superior”, al Cenáculo. Es un ambiente particular. Es el lugar de la Eucaristía, claro. Pero algunos Padres de la Iglesia le han dado mucha importancia a este “lugar superior”, signo de un ambiente en que el espíritu se eleva. Generando ese ambiente está “María, la madre de Jesús”. Es su única aparición en los Hechos de los Apóstoles. Discreta, como siempre. Ha comprendido el mensaje último de su Hijo: “Ahí tienes a tus hijos”. Ella sigue generando ambientes donde es posible educar.

María vive y permanece como “generadora de ambientes” para la educación de nosotros, sus hijos. Enseña así a la familia una clave decisiva. San Pablo dice: “Padres, no exasperéis a vuestros hijos”. Y es que los imperativos y las órdenes hacen la educación muy cansina y terminan por agotar a todos: al niño y a los padres. Evidentemente hacen falta imperativos y órdenes. Pero la clave del “ambiente” nos da una pista superior y más veraz. La educación es una especie de “efecto indirecto” de la convivencia del niño en un “ambiente familiar” bien generado. En un clima de amor conyugal, de trabajo familiar, de obediencia, de ocio compartido y búsqueda del bien común, el niño aprende a hacer salir lo mejor de sí mismo. Lógicamente, habrá dificultades, tensiones y sobresaltos. ¡Qué familia no los tiene! Pero es verdad que no hay nada más educativo que el ambiente familiar sano en el que el hijo va poco a poco, indirectamente, comprendiendo, aprendiendo, educándose.

Preguntas

Preguntas para el diálogo conyugal:

1. ¿Qué ambiente familiar tenemos? ¿Cómo lo caracterizamos? ¿Cómo lo generamos?

2. Las madres, ¿generáis ambiente de fe en los hijos? Los padres, ¿enseñáis a confesar la fe a los hijos?

3. ¿Hay exasperación por exceso de imperativo o existe en nuestra casa un ambiente atractivo que educa?

Preguntas para la reunión

1. ¿Qué entendemos al hablar de “ambiente generativo”? ¿Cómo ayudarnos a crear ese ambiente en nuestra familia y en nuestra familia de familias?

2. ¿Qué peligros tenemos hoy los padres y las madres que nos pueden hacer difícil generar ambientes educativos en casa?

3. ¿Cómo es la transmisión de la fe en nuestra familia? ¿Qué lugar ocupan padre y madre? ¿Qué prácticas tenemos?

4. ¿Qué luz nos da el episodio del Niño enseñando a los doctores en el templo para comprender nuestra labor como educadores en casa?